

La turba

LA mañana en que tuvo término la bacanal de Bakkhís hubo un gran acontecimiento en Alejandría: llovió.

Al contrario de lo que sucede ordinariamente en los países menos africanos, todo el mundo salió de sus casas para recibir el chaparrón.

La lluvia no fué torrencial ni tempestuosa. Gruesas gotas tibias atravesaron el aire desde lo alto de una nube de color violeta. Las mujeres las sentían humedecerles el pecho y los cabellos anudados de prisa. Los hombres miraban con interés al cielo. Los niños reían á carcajadas arrastrando los pies descalzos en el lodo de las calles.

Se desvaneció á poco la nube en la claridad, quedó el cielo implacablemente puro, y á la mitad del día el lodo era polvo otra vez bajo el calor del sol.

Pero había sido suficiente este rápido aguacero para alegrar la ciudad, y los hombres permanecieron de pie sobre las baldosas del Agora, en tanto que se entremezclaban en grupos las

mujeres, cuyas voces se cruzaban ruidosamente. Sólo quedaron allí las cortesanas, pues el tercer día de las Afrodias estaba reservado á la devoción exclusiva de las mujeres casadas, las cuales acabaron por dirigirse en numerosa teoría á la ruta del Astarteion. En la plaza no se veía ya mas que túnicas á flores y ojos oscurecidos de pintura.

Al pasar Myrtokleia, una joven llamada Filotis, que conversaba con otras muchas, la detuvo por el lazo de una manga.

—¡Hola, pequeña! ¿tocaste ayer en casa de Bakkhís? ¿Qué ocurrió? ¿qué hicieron? ¿No se ha puesto Bakkhís otro collar de medallas para ocultar los surcos de su cuello? ¿Usa pechos de madera ó de cobre? ¿Se le olvidó teñirse las canas de las sienes antes de ponerse la peluca? ¡Vamos, habla, pescado frito!

—¡Te figuras que la he mirado! Llegué allá después de la comida, desempeñé mi escena, recibí mi paga y salí corriendo.

—Sí, bien sé que no eres una libertina.

—Para manchar mi túnica y recibir golpes, no, Filotis. Sólo las ricas pueden entregarse á la orgía. Las pobres flautistas no logramos con ello mas que derramar lágrimas.

—Cuando no quiere una mancharse la túnica, la deja en la antesala, y cuando recibe puñetazos, se hace pagar doble; la cosa es clara. ¿De suerte que no tienes nada que contarnos? ¿ninguna aventura, ninguna broma, ningún escándalo? Estamos bostezando como unos ibis. Vamos, inventa algo si nada sabes.

—Mi amiga Teano se quedó allá. Hace un momento que desperté; aún no había vuelto. Tal vez no haya terminado aún la fiesta.

—Ya terminó—dijo otra mujer—. Teano está allá, junto al muro Cerámico.

Corrieron las cortesanas al lugar indicado, pero se detuvieron luego sonriendo con lástima.

Teano, en el vértigo de la más ingenua embriaguez, tiraba con obstinación de una rosa casi deshojada, cuyas espinas no la permitían desprenderse de entre sus cabellos. Su túnica amarilla estaba manchada de blanco y de rojo, como si toda la orgía hubiese pasado encima de ella. El broche de bronce que debía retener sobre el hombro izquierdo los pliegues convergentes de la tela colgaba más abajo de la cintura, descubriendo el globo movedizo de un pecho joven pero ya maduro en demasía, que conservaba dos señales purpúreas. Así que percibió á Myrtokleia, estalló bruscamente en una risita singular que todo el mundo conocía en Alejandría y le había valido el apodo de «la Gallina», pues era un interminable cloqueo, una cascada de hilaridad, que iba descendiendo hasta cortar la respiración, renacía luego con un grito sobreagudo, y proseguía de este modo, rítmicamente, con una algarazara de volátil triunfante.

—¡Un huevo! ¡un huevo!—dijo Filotis.

Pero Myrtokleia hizo un gesto:

—Ven, Teano; ven á acostarte. No estás buena. Ven conmigo.

—¡Ja, ja, ja, ja!...—reía la joven.

Y cogiéndose el seno con una manecita, gritó con voz alterada:

—¡Ja, ja, ja!... El espejo...

—¡Ven!—repetía Myrto, impacientada.

—El espejo... ¡ha sido robado, robado, robado! ¡Ja, ja, ja, ja!... Nunca me reiré tanto, aunque

viviera más tiempo que Kronos... ¡Han robado, han robado el espejo de plata!

La cantora se esforzaba en llevársela, pero Filotis había comprendido.

—¡Eh!—gritó á las demás, alzando entrambos brazos al aire—. ¡Acudid acá pronto, que hay nuevas! ¡El espejo de Bakkhís ha sido robado!

Y todas exclamaron á la vez:

—¡Papay!... (1) ¡El espejo de Bakkhís!

En un instante agrupáronse treinta mujeres en torno de la flautista.

—¿Qué decís?

—¿Cómo?

—Ha sido robado el espejo de Bakkhís; Teano acaba de decirlo.

—Pero ¿cuándo ha sucedido eso?

—¿Quién lo ha robado?

La joven repuso, alzando los hombros:

—¿Acaso lo sé?

—Tú, que pasaste allá la noche, debes saberlo. ¡Es imposible! ¿Quién ha entrado en su casa? Te lo habrán dicho, sin duda. Acuérdate, Teano.

—¿Lo sé yo, acaso?... Había más de veinte en la sala... Me habían elogiado como flautista, pero me impidieron continuar, porque á ellos no les gusta la música. Me hicieron representar la figura de Dánae y arrojaban sobre mí monedas de oro, que Bakkhís recogía... Y ¿qué más? ¡Eran unos locos! Me han obligado á beber cabeza abajo en una cratera demasiado llena, en donde habían vaciado siete copas, porque de siete vinos había en la mesa. Me mojé toda la cara; hasta los cabellos, hasta las rosas se me empararon.

(1) Interjección griega.

—Sí—interrumpió Myrto—, eres una perversa. Pero ¿y el espejo? ¿Quién lo ha tomado?

—¡A eso voy! Cuando volvíeron á ponerme en pie, toda la sangre se me había aglomerado en la cabeza y tenía vino hasta en las orejas. ¡Ja, ja, ja! Y todos ellos se echaron á reír... Bakkhís mandó que buscasen el espejo... ¡ja, ja, ja! y ya no estaba. Alguien lo había tomado.

—¿Quién? Te preguntamos: ¿quién?

—Sólo sé que no he sido yo. No podían registrar-me, puesto que estaba desnuda. No habría de esconderme un espejo como un dracma debajo de un párpado. Que no he sido yo es lo único que sé. Ella hizo crucificar á una esclava, tal vez por eso... Cuando noté que ya no me veían, recogí algunas monedas de Dánae. Tómalas, Myrto: son cinco. Nos compraremos mantos para las tres.

* * *

La noticia del robo se había propagado poco á poco por toda la plaza. Las cortesanas no disimulaban su satisfacción envidiosa. Una estrepitosa curiosidad animaba á los grupos en movimiento.

—Una mujer—decía Filotis—, una mujer tiene que haber dado ese golpe.

—Sí; el espejo estaba bien guardado. Un ladrón no hubiera podido encontrar la piedra por más que hubiese revuelto y trastornado todo en la pieza.

—Bakkhís tenía enemigas, sobre todo entre sus antiguas amigas. Estas saben todos sus secretos. Alguna la llamaría á cualquier parte, y habrá entrado en la casa á la hora en que el sol quema y las calles están casi desiertas.

—¡Bah! ¡Tal vez ha vendido su espejo para pagar sus deudas!

—¿Si será alguno de sus amantes? Dicen que recibe ahora hasta mozos de cordel.

—No; ha sido una mujer, estoy segura.

—¡Por las dos diosas! ¡Bien hecho está todo!

Una multitud más agitada se agolpó de repente hacia un punto del Agora, acompañada de un rumor creciente que atrajo á cuantos transitaban.

—¿Qué pasa? ¿qué pasa?

Y una voz aguda, dominando el tumulto, gritó por sobre las cabezas ansiosas:

—¡Han matado á la mujer del gran sacerdote!

Una violenta emoción se apoderó de la muchedumbre entera. No lo querían creer, no querían convenir en que durante las Afrodisias llegara semejante crimen á desatar sobre la ciudad la cólera de los dioses. Pero por todas partes iba la misma frase repitiéndose de boca en boca:

—¡Han matado á la mujer del gran sacerdote! ¡La fiesta del templo se ha suspendido!

Rápidamente llegaban las noticias. Habíase encontrado el cuerpo tendido sobre un banco de mármol rosa, en un apartado lugar de la cumbre de los jardines. Un largo alfiler de oro le atravesaba el seno izquierdo. La herida no había sangrado. Pero el asesino había cortado los cabellos de la joven, llevándose la peineta antigua de la reina Nitaucrit.

Pasados los primeros gritos de angustia, el estupor fué general y profundo. La multitud crecía por instantes. Allí estaba la ciudad entera, mar de cabezas descubiertas y de sombreros

de mujer, tropel inmenso que desembocaba á la vez de todas las calles llenas de sombra azul en la deslumbrante luz del Agora de Alejandría. No se había visto afluencia semejante desde el día en que Ptolomeo Auleta fué destronado por los partidarios de Berenice. Ni las revoluciones políticas parecían tan terribles como este crimen de lesa religión, de que podía depender la salvación de la ciudad. Los hombres se arremolinaban alrededor de los testigos. Se pedían más detalles. Se emitían conjeturas. Las mujeres comunicaban á los que iban llegando el robo del célebre espejo. Los más avisados afirmaban que los dos crímenes simultáneos se debían á la misma mano. Pero ¿á cuál? Las doncellas, que la víspera habían depositado su ofrenda para el año siguiente, temían que la diosa no la tomara en cuenta, y sollozaban sentadas, cubriéndose la cabeza bajo el manto.

Una antigua superstición exigía que dos acontecimientos de esta importancia fueran seguidos de otro más grave, y la multitud lo esperaba. Después del espejo y la peineta, ¿qué habría robado el misterioso ladrón? Una atmósfera sofocante, inflamada por el viento del Sur y saturada de polvillo de arena, pesó sobre la muchedumbre inmóvil.

Insensiblemente, como si esta masa humana formase un solo ser, la invadió un raro estremecimiento que fué ascendiendo por grados hasta convertirse en terror pánico, y todos los ojos se volvieron hacia un mismo punto del horizonte.

Era este punto la lejana extremidad de la gran avenida rectilínea que de la puerta de Ca-

nope atravesaba la ciudad, conduciendo del Templo al Agora. Allá en lo más alto de la suave pendiente, donde se abría la ruta sobre el cielo, acababa de aparecer otra multitud espantada que bajaba corriendo hacia la primera.

—¡Las cortesanas! ¡las cortesanas sagradas!

Nadie se movió. Nadie osaba ir á encontrarlas, por miedo á escuchar un nuevo desastre. Llegaban como una inundación humana, precedidas por el sordo estrépito de su carrera. Alzaban los brazos, se atropellaban, parecían huir de un ejército que las persiguiese. Ya se podía reconocerlas. Distinguíanse sus túnicas, sus cinturones, sus cabellos. Los rayos del sol hacían brillar sus joyas de oro. Ya estaban próximas y abrían la boca... Reinó el silencio.

—¡Ha sido robado el collar de la diosa, las Verdaderas Perlas de la Anadyomena!

Un desesperado clamor acogió este fatídico aviso. Retiróse la multitud al principio como una oleada enorme. Luego se precipitó hacia adelante, azotando los muros, llenando la calle, arrollando á las mujeres aterradas, por la ancha avenida del Dromo, hacia la santa Inmortal desamparada.

III

La respuesta

EL Agora quedó limpia, como una playa después de la marea.

Pero no vacía del todo. Un hombre y una mujer permanecieron allí, los únicos que sabían el secreto de la gran emoción pública y que la habían causado: Khrysis y Demetrios.

El joven estaba sentado sobre un bloque de mármol junto al puerto. La joven se hallaba en pie á la otra extremidad de la plaza. No podían reconocerse, pero se adivinaron mutuamente; y Khrysis corrió bajo la luz del sol, ebria de orgullo y ebria, al fin, también de deseo.

—¡Lo has hecho!—exclamó—. ¡Lo has hecho al fin!

—Sí—dijo con serenidad el joven—. Estás obedecida.

Ella se dejó caer en sus rodillas y, delirante, lo ciñó con sus brazos.

—¡Te amo! ¡te amo! Jamás he sentido lo que siento ahora. ¡Oh dioses! ¡yo no sabía antes lo que es estar enamorada! Tú lo ves, amado mío, cómo te doy más de lo que anteayer te prometí. Yo, que

jamás he deseado á nadie, no podía pensar que cambiaría tan presto. Yo no te había vendido mas que mi cuerpo para tu cama, y ahora te entrego todo cuanto tengo de bueno, todo cuanto tengo de puro, de sincero y de apasionado, mi alma entera, que es virgen, ¡óyelo bien, Demetrios! Ven conmigo, abandonemos esta ciudad por algún tiempo, vámonos á un lugar oculto, en donde sólo estemos tú y yo. Allí tendremos días como nadie los tuvo antes de nosotros sobre la tierra. Jamás hizo amante alguno lo que tú acabas de hacer por mí. Jamás mujer alguna amó como yo te amo: ¡es imposible! ¡es imposible! Casi no puedo hablar, de lo sofocada que tengo la garganta. Mírame llorar, porque también ahora sé lo que es llorar. Es ser extremadamente dichosa... ¡Pero no me respondes, nada me dices! Bésame...

Demetrios alargó la pierna derecha, á fin de bajar la rodilla, que se fatigaba un poco bajo el peso de ella. Hizo luego que la joven se levantara, púsose en pie á su vez, sacudióse el vestido para aflojar los pliegues, y dijo suavemente con una sonrisa enigmática:

—No... Adiós...

Y se puso en marcha con paso reposado.

Khrysis, en el colmo del estupor, permanecía con la boca entreabierta y las manos caídas.

—¡Cómo!... ¿Qué... qué dices?

—Te digo adiós—articuló él, sin esforzar el tono.

—Pero... quizás no has sido tú quien...

—Sí. Te lo había prometido.

—Entonces... no comprendo.

—Que comprendas ó no, querida, me es indiferente. Dejo este pequeño misterio á tus meditaciones. Si lo que me has dicho es cierto, van estas meditaciones á prolongarse mucho. Muy á tiempo viene esto para que puedas ocuparlas. Adiós.

—¡Demetrios! ¿qué es lo que oigo?... ¿De dónde te ha venido ese tono? ¿Eres tú quien habla? ¡Te conjuro á que me lo expliques! ¿Qué ha sucedido entre nosotros? Es para estrellarse uno la cabeza contra las murallas...

—¡Habré de repetirte cien veces lo mismo! Sí, yo robé el espejo; sí, yo maté á la sacerdotisa Tuni para quitarle la peineta antigua; sí, yo he arrebatado del cuello de la diosa el precioso collar de perlas. Debía entregarte los tres regalos á cambio de un solo sacrificio de tu parte. En mucho lo he estimado, ¿no es verdad? Pero como he cesado de atribuirle un valor tan considerable, ya no te pido nada. Haz lo mismo por tu parte y separémonos. Me admira que no comprendas una situación de una sencillez tan clara.

—¡Guarda para ti tus regalos! ¿Pienso en ellos, acaso? A ti es á quien deseo, sólo á ti...

—Sí, bien lo sé. Pero te repito que yo, por mi parte, ya no quiero. Y como para que haya una cita es indispensable obtener á la vez el consentimiento de los dos amantes, mucho riesgo hay de que no se realice nuestra unión si persisto en mi modo de ver. Esto es lo que procuro hacerte comprender con toda la claridad de lenguaje de que soy capaz. Pero como veo que no basta, y me corresponde ser más explícito, te ruego que aceptes voluntariamente el hecho consumado, sin empeñarte en penetrar lo que tenga para ti de obscuro, puesto que no admites su verosimi-

litud. Deseo vivamente terminar esta conversación, que á ningún resultado puede conducirnos y que quizás me arrancase palabras descorteses.

—¡Te han hablado contra mí!

—No.

—¡Oh! ¡lo adivino! ¡Te han hablado contra mí, no lo niegues! ¡Te han hablado mal de mí! ¡Tengo terribles enemigas, Demetrios! No les des crédito. ¡Por los dioses te juro que mienten!

—Ni las conozco siquiera.

—¡Créeme, créeme, bien mío!... ¿Qué interés puedo tener en engañarte, puesto que no espero de ti otra cosa que á ti mismo? Tú eres el primero á quien le hablo así...

Demetrios la miró fijamente.

—Es demasiado tarde—le dijo—. Te he poseído ya.

—Tú deliras... ¿Cuándo? ¿En dónde? ¿Cómo?

—Te digo la verdad. Te he poseído á pesar tuyo. Lo que yo esperaba de tus complacencias me lo has dado sin sospecharlo siquiera. Anoche me llevaste en sueños al país adonde querías ir, y estabas muy hermosa, Khrysis... ¡ah! ¡muy hermosa! De ese país estoy ya de regreso, y ningún poder humano me obligará á volver. Jamás se encuentra dos veces la dicha en un mismo rincón de la tierra, y no soy tan insensato que consienta en destruir un recuerdo de felicidad. Dirás que lo debo á ti; pero como no he amado mas que tu sombra, confío en que me perdonarás, querida mía, que hoy que me ofreces tu realidad ya no la acepte.

Khrysis, apretándose las sienes, prorrumpió:

—¡Esto es abominable... abominable! ¡Y se atreve á decirlo! ¡Y se contenta con eso!

—Precisas con demasiada prontitud. Te he dicho que soñé; ¿pero tienes la certeza de que estuviera yo dormido? Te he dicho que fuí dichoso; ¿acaso la felicidad consiste para ti exclusivamente en el grosero estremecimiento físico que tú sabes, según me has dicho, provocar tan bien, pero que no puedes diversificar, puesto que es sensiblemente el mismo en todas las mujeres que se entregan? No; tú eres quien á ti misma te degradas asumiendo esa actitud inconveniente. Veo que no te son bien conocidas todas las delicias que nacen de tus pasos. Las queridas difieren entre sí en que cada una tiene sus procedimientos personales para preparar y concluir un acto que es monótono á más no poder, y que si fuera lo único que buscamos, no valdría toda la pena que nos tomamos para encontrar una querida perfecta. En esta preparación y en esta conclusión excedes á todas las mujeres del mundo. Así, por lo menos, me he complacido en imaginármelo, y puede ser que me concedas que, puesto que he creado la Afrodita del Templo, no debe haber trabajado con exceso mi pensamiento para representarse la mujer que tú eres. Y repito que no te diré si ha sido mi ensueño un ensueño nocturno ó un error de alucinado; basta que sepas que tu imagen, entrevista ó soñada, se me apareció dentro de un cuadro extraordinario. Era una ilusión; pero, por encima de todo, yo te impediré, Khrysis, que me desilusiones.

—¿Y qué me dejas á mí, en todo esto, qué me dejas á mí, que te amo á pesar de los horrores que estoy escuchando de tu boca? ¿He tenido conciencia de tu odioso ensueño? ¿He sentido á medias esa felicidad de que me hablas, y que tú me has robado? ¿No es inaudito que exista un

amante de tan espantoso egoísmo que satisfaga su placer en la mujer que ama sin dejarla que ella lo comparta?... Esto me confunde, me vuelve loca.

Entonces, Demetrios, dejando su tono burlón, dijo con voz ligeramente trémula:

—¿Te inquietabas de mí cuando, aprovechándote de mi súbita pasión, me exigiste, en un momento de extravío, tres actos que hubieran podido romper mi existencia y que para siempre me dejarán el recuerdo de una triple vergüenza?

—Si lo hice, fué para cautivarte. No habrías sido verdaderamente mío si me hubiese entregado sin condiciones.

—Pues ya estás satisfecha. Me tuviste, no por largo tiempo, pero me tuviste, al cabo, en la esclavitud que querías. ¡Sufre ahora que me liberte!...

—¡Oh, Demetrios! Si la esclava soy yo...

—Tú ó yo, sí; cualquiera de los dos es esclavo si ama al otro. ¡Esclavitud! ¡Esclavitud! Tal es el verdadero nombre de la pasión. ¡Todas vosotras no tenéis más ilusión ni más idea en el cerebro que sujetar la fuerza del hombre con vuestra flaqueza y gobernar con vuestra futilidad su inteligencia! Desde que os brotan los senos, lo que pretendéis no es amar ni ser amadas, sino atar un hombre á vuestros tobillos, humillararlo, hacerle que doble la cabeza para sobre ella apoyar vuestras sandalias. Entonces podéis, á capricho de vuestra ambición, arrancarnos la espada, el compás ó el cincel, rebajar todo cuanto os supera, ensuciar todo cuanto os infunde respeto, retener de las narices á Hércules y ponerlo á hilar. Pero cuando no lográis doblegar su frente ni su

carácter, adoráis el puño que os pega, la rodilla que os derriba y hasta la boca que os injuria. El hombre que se ha negado á besaros los pies descalzos, colma vuestros deseos si os viola. El que no ha llorado cuando os vais de su casa, puede llevaros arrastrando de los cabellos. Vuestro amor renace de vuestras lágrimas, pues lo que únicamente os consuela de no imponer la esclavitud, amorosas mujeres, es sufrirla.

—¡Ah! ¡Pégame, si quieres, pero ámame después!

Y lo apretó tan bruscamente, que no le dió tiempo de apartar los labios. Desprendióse el joven con entrambos brazos, diciéndole:

—Adiós. Te detesto.

Pero Khrysis se le colgó del manto, exclamando:

—No mientas. Tú me adoras. Tienes el alma llena toda de mí; pero te da vergüenza haber cedido. ¡Escucha, escucha, amado mío! Si es que lo reclama tu orgullo para consolarse, dispuesta estoy, para que no te vayas, á otorgar más de lo que te he pedido. Por grande que sea el sacrificio, después que nos unamos no me lamentaré.

Demetrios la miró con curiosidad, y lo mismo que ella había hecho la antevíspera en la escena del muelle, le dijo:

—¿Qué juramento haces?

—También por Afrodita.

—Tú no crees en Afrodita; jura por Jehová Sabaoth.

La galilea palideció.

—No sé jurar por Jehová.

—¿Te niegas?

—Es un juramento terrible.

—Es el que necesito.

Después de vacilar algún tiempo, murmuró en voz baja:

—Te lo juro por Jehová. ¿Qué exiges de mí, Demetrios?

El joven guardó silencio.

—¡Habla, amado mío!—prosiguió Khrysis—. Dilo pronto. Me das miedo.

—¡Oh! Es poca cosa.

—Pero ¿qué, en fin?

—No quiero que á tu vez me ofrezcas tres presentes, aunque fuesen tan insignificantes como raros eran los primeros. Sería contra las conveniencias. Pero sí puedo pedirte que los aceptes, ¿no es verdad?

—De seguro—dijo Khrysis, risueña.

—Ese espejo, esa peineta y ese collar que para ti me has hecho robar no intentarás usarlos, ¿no es cierto? Un espejo robado, la peineta de una víctima y el collar de la diosa no son joyas que puedan ostentarse.

—¡No! ¡qué idea!

—Ya lo sabía yo. ¿Fue por pura crueldad, entonces, por lo que me has inducido á robar esas tres cosas, á costa de tres crímenes que tienen llena de pavor á la ciudad entera? Pues bien; vas á ponértelas.

—¡Qué!

—Vas á ir al pequeño jardín cerrado en donde se encuentra la estatua de Hermes Estigio. Ese lugar está siempre desierto y no hay riesgo de que te molesten. Levantarás el talón izquierdo del dios, pues la piedra está rota. Dentro del pedestal encontrarás el espejo de Bakkhís, que empuñarás con tu diestra; encontrarás la gran peineta de la reina Nitaukrit, que hundirás en tus

cabellos, y encontrarás los siete collares de perlas de la diosa Afrodita, que te pondrás al cuello. Alhajada así, bella Khrysis, marcharás por la ciudad. La multitud te pondrá en manos de los soldados de la reina; pero alcanzarás lo que deseabas, pues ya iré á verte en la prisión antes de que salga el sol.

IV

El jardín de Hermes Anubis

EL primer movimiento de Khrysis fué encogerse de hombros. ¡No tendría la candidez de cumplir su juramento!
Su segundo impulso fué de ir á ver.

La empujó una invencible curiosidad hacia el misterioso escondrijo en donde había depositado Demetrios los tres despojos de sus crímenes. Quería tomarlos, palparlos con sus propias manos, hacerlos resplandecer al sol, poseerlos por un instante. Le pareció que su victoria no sería del todo completa en tanto que no tuviera en su poder el botín que ambicionaba.

En cuanto á Demetrios, ya sabría ella atraérselo con cualquier ardid ingenioso. ¿Era creíble que se desligara de ella por siempre? La pasión que ella suponía en él no era de las que se extinguen para no volver á encenderse en el corazón del hombre.

Las mujeres que han sido muy amadas forman dentro de nuestra memoria una familia predilecta, y el encuentro con una mujer que fué en